

El siglo XI se acerca a su fin y Gregorio VII impulsa una profunda reforma eclesial que dará lugar, entre otras cosas, al surgimiento de nuevas órdenes religiosas y congregaciones cuya intuición espiritual principal será adentrarse en el paisaje del país interior dando lugar con ello a una espiritualidad cuyo dinamismo y trayectoria caracterizará este período como uno de los más fecundos y de gran influencia para la posteridad.

Uno de esos lugares destinado a las exploraciones de la vida espiritual será la parisina abadía de San Víctor, cuya escuela acogería y sintetizaría «las mayores corrientes intelectuales de su tiempo» y se convertiría en un lugar fundamental en la historia de la espiritualidad. A este lugar llegó el célebre Hugo de San Víctor, a quien expertos consideran como predecesor en lo que sería después el pensamiento ricardiano. Es Jean de Toulouse quien en el siglo XVII escribe el único testimonio que hasta ahora se tiene de Ricardo, hijo de Escocia o de Irlanda pero en cualquier caso, extranjero proveniente de alguna de las islas británicas, canónigo de San Víctor del que se sabe que debió entrar entre 1114 y 1155, probablemente dirigió la escuela monástica, fue subprior en 1159 y prior desde 1162 hasta su muerte acaecida el 10 de marzo de 1173.

Aun cuando su obra más conocida sea *De Trinitate*, el libro que reseñamos gracias a la impecable y minuciosa labor de traducción de Eduardo Otero y a la cuidada –¡marca de la casa!– edición de Sígueme, es un texto no menos célebre ya en su tiempo (se escribió en torno a 1162, año en que Ricardo empezó su oficio como Prior de la comunidad), rico e interesante. Se trata del llamado *Beniamin Minor* o *De praeparatione animi ad contemplationem*, un tratado original –no confundir con el *Beniamin Maior*, más extenso y que usa como imagen principal la descripción del arca de Moisés– en el que el autor «describe el recorrido que lleva a cabo el alma hasta experimentar el éxtasis contemplativo

(*excessus mentis*). Este tratado establece de qué virtudes en concreto se debe dotar el alma para progresar hacia la contemplación de las realidades divinas. Estas virtudes se encuentran personificadas en cada uno de los hijos que tuvo Jacob de sus dos esposas, Lía y Raquel, y de sus respectivas siervas» (p.13).

87 capítulos conforman el *Beniamin Minor* cuyo texto nos es ofrecido en latín y en castellano. Le precede una cálida Invitación a la lectura, que, a modo de introducción, pone en situación al lector ofreciéndole sendas claves para ello: el contexto histórico, el autor y su obra, tema y fecha de composición y contenido del tratado que tiene en sus manos, una interesante antropología de la contemplación según Ricardo de San Víctor a partir de su obra, la cuestión sobre la interpretación del texto bíblico, la posteridad e influencia de una obra que también inmortalizó Dante en su *Divina Comedia* (cf. Paraíso 10, 130-132), y finalmente una Bibliografía que recoge un nutrido elenco.

Una de las ideas más sorprendentes de esta obra que puede considerarse un clásico de la espiritualidad es la forma de entender la razón y la afectividad como complementarias y necesarias para el ascenso espiritual hacia la contemplación. En un momento en el que se hace urgente un pensamiento que entienda al hombre y a la mujer desde la totalidad de las dimensiones que lo conforman y desde la integridad de su ser, el *Beniamin Minor* viene a ser una sugerente y necesaria lectura.– A. Martínez.